

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA MODERNA



Nº

520

50
cts

JOHN MUI CORMACK
ALICE JOYCE

NUMERO
EXTRAORDINARIO

CANCION DE MI ALMA



BORZAGE, Frank

**LA NOVELA
SEMANTAL CINEMATOGRAFICA
MODERNA**

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN: (Pasaje de la Paz, 10 bis
Francisco-Mario Bistagüe TELÉFONO 18551

Año X BARCELONA N.º 520

Song O' My Heart, 1930
Canción de mi alma

Emocionante asunto, interpretado por
John Mac Cormack, Allei Joyee
y otros importantes artistas



Es un film **FOX**


Distribuido por

HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Valencia, 280

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
GERTRUDE LAWRENCE



Canción de mi alma

Argumento de la película

Se desarrolla esta acción en un pueblecito de Irlanda, alejado del mundanal ruido. Parece como si la vida adquiriese en la aldea eterna inmovilidad, se hubiese dormido para siempre. Y sin embargo, en ella rugen también las pasiones, triunfan los egoísmos y crueldades, luchan desesperadamente para mantenerse en pie, los buenos sentimientos y las actitudes heroicas. En el pueblo, como en el resto del mundo, la existencia es invariable combatir, entre choques de odios y de amor...

Sean O'Corolan, un buen muchacho, artista

de porvenir que tenía una voz de oro, amaba a una hermosa joven de la misma aldea, a Mary O'Brien, criatura sencilla y humilde, temperamento apagado pero lleno de las grandes virtudes del hogar.

Aquel amor tan bello, tan humano y divino al propio tiempo, aquellos dorados ensueños de dos juventudes bien avenidas, se vieron frustrados por la oposición de la tía de Mary, mujer seca y egoísta, que ambicionaba mejor partido para su sobrina.

—Y Mary, desamparada y sola, cediendo a la dura presión de su tía, tuvo que abandonar a Sean y casarse con un ricacho del pueblo.

Aquel doloroso episodio compió para siempre las vidas de Mary y de Sean.

Mary seguía conservando en el corazón el recuerdo dulce del primer amor, vertido en él como un buen perfume inextinguible. Pero el culto al verdadero ídolo era misterioso y callado; sus deberes de esposa y de madre le alejaban del ser a quien había dado en otro tiempo sus primeras sonrisas femeninas... Debía vivir ahora con un hombre rudo y desagradable que la trataba con una innata rudeza, como pudiera hacerlo a la patrona de la pensión.

4 También para Sean fué un golpe mortal el casamiento de Mary con otro hombre. En vano quiso olvidar aquel dolor que lentamente le iba royendo el alma a pequeños mordiscos escalofriantes.

Quiso alejarse de la aldea, ver nuevas tierras y embarcó para el continente. El era artista; en su espíritu había la verdadera vocación que sabe rendir culto a la belleza. Vivió algunos años en Roma y en Milán, conoció las aventuradas jornadas de la vida bohemia, pudo penetrar en un mundo que como él, sólo pensaba en la conquista de la gloria. Tenía buena voz y la perfeccionaba con majestuosa entonación. Pero pronto volvió a sentir la añoranza de la aldea, la evocación melancólica de su tierra natal donde quedaban los primeros recuerdos juveniles... Y abandonando todos sus ensueños de arte, las visiones excelsas de la fama, regresó a su pueblecito irlandés, a ser una flor oscura en el gran campo gris de las cosas anónimas.

Seguía adorando a Mary en silencio, sin atreverse apenas a hablarla nunca. La saludaba de lejos y procuraba hablar con los dos hijitos de la mujer amada, adorándolos con una inmensa ternura, viendo en cada uno de ellos la imagen

5 de la imposible... Su corazón de artista gustaba de hablar con aquellas criaturas que eran de Mary... y de otro. En su alma generosa no cabían los celos ni el odio, sino el amor y la piedad rodeándola como una sardana magnífica.

La voz de Sean seguía siendo maravillosa, pero ahora ya sólo se dejaba oír en su casa o en la iglesia durante los domingos en la misa mayor.

Sean, huérfano desde muy pequeño, vivía en la casa de los hermanos Gleannon... Vicente era el organista y maestro de canto de la localidad y gustaba de darle continuas lecciones. Mona, la hermana, era una mujer vieja y bondadosa que quería a Sean con una ternura maternal.

Pasaron los años y la voz de Sean fué perfeccionándose cada vez más hasta convertirse en algo extraordinario... Vicente le instaba continuamente a que se lanzase de una vez por los teatros del mundo a conmover a las gentes con su trino de ruiseñor... Cierta día, pasó precisamente por la aldea un empresario teatral quien escuchó a Sean y quedó deslumbrado por aquel torrente de voz, aquellas inflexiones dulcísimas. Y prometió al regresar a América hablar con uno de los más poderosos agentes de Nueva York para que contratase a Sean.

Este dejaba hacer, teniendo pocos deseos de abandonar su aldea y volver a las andadas. Pero todos los amigos le aconsejaban que abandonase la oscuridad del pueblo, no sólo por él, sino por el buen nombre de Irlanda. Ahí era nada poseer una gloria nacional, un tesoro escondido y no querer presentarlo al mundo. Y él se reía, no creyendo en sus propios méritos y deseando le dejasen en paz, en la dulce tranquilidad de la aldea escondida donde viven los privilegiados sin ambición.

Mary durante aquellos años había ido conociendo la infelicidad de su forzado matrimonio.

Su esposo, el ricachón que sólo se casó con ella bajo la rátaga de una pasión tan violenta como efímera, la abandonó, marchándose a Londres y dejándole dos hijos: Eileen, encantadora mujercita de diez y ocho años, y Tad, simpático muchacho de diez años.

Al principio el ausente mandaba algún dinero, pero luego dejó de preocuparse en absoluto de su familia. Entregada a la bebida, no volvió a acordarse de que en un pueblecillo de Irlanda había gentes que esperaban de él. Y Mary conoció los sacazos de la miseria, sintió como pe-

nerraban en su cuerpo las bocanadas de la necesidad.

Nunca había querido a su marido, pero ahora, después del cruel abandono, sintió por él una repugnancia invencible y a solas lloró muchas veces el curso de su vida equivocada.

Carente de dinero, sin amparo ni medios de que vivir, la desgraciada mujer a quien el otoño de la edad aureolada de una noble belleza, se vió obligada a refugiarse con sus hijos, como único y bien triste recurso, en casa de su tía Marta, la causante de sus primeros infortunios, la mujer solterona que jamás había conocido ni de lejos lo que era el amor.

Pero la vida manda sobre los propios sentimientos... Y Mary tuvo que aceptar la hospitalidad restringida de aquella vieja cuyo corazón sólo tenía ternuras para un gato negro de avanzada edad.

La casa era tan funebre como su dueña. Casa sin sol, sin pájaros, sin alegría, sin niños, sin porvenir, casa que más bien tenía aspecto de tumba.

Tad supo expresarlo bien cuando al entrar cogiéndose de las faldas de su madre, murmuró:

—Mamá, mamá... me parece que no va a gustarme esta casa... ¡Qué triste es!



May tuvo que aceptar la hospitalidad restringida de aquella vieja...

Aquella tarde, Sean cantaba en su casa una linda y hermosa canción de amor, la verdadera canción de su alma, la canción que había ento-

nado muchas veces allá en los tiempos juveniles al oído de la inolvidable novia.

Vicente le acompañaba al piano y la vieja Mona la escuchaba con religiosa complacencia. De vez en cuando las lágrimas aparecían en sus ojos. ¡Cuán sentimental, cuán dulce era aquella voz!

Peters, el cochero de la localidad y Joe, el vago más grande que había en toda Irlanda, escuchaban desde la calle aquella voz armoniosa.

—¡Qué lástima que Sean haya dejado de cultivar la voz!—dijo Joe—. ¡Tenía un tesoro en ella!

—Homhre, no te diré que sea mala... pero podía ser mejor... No sabe gorjear—exclamó el cochero que en todas las cosas encontraba defectos.

—¿Lo harías mejor tú, desdichado?

—¡Claro!

Y comenzó a cantar con una voz que ni por asomo podía parecerse a la arrogante y bella de Sean.

Joe le rogó que callase y regresó de nuevo a su casa a leer los periódicos, su única ocupación de cada día.

Joe se pasaba los años sin trabajar, sosteniendo

que los hombres han nacido para no hacer nada. El poseía una pequeña renta y ese dinero le bastaba para subvenir a sus necesidades que eran bien pocas.

Entretanto, Sean había dado término a su canción en la que ponía todos los entusiasmos de su alma.

Viendo a los niños del barrio que se habían aglomerado ante su puerta para oírle, Sean sonrió alegremente y salió a su encuentro.

—¿Qué tal, chiquillos? ¿Os gusta el canto?— les dijo con ternura.

—Mucho... mucho... Cántenos otra canción, señor Sean.

—Con mucho gusto... Vayamos allá a la sombra, junto a aquellos árboles.

Y como un buen padrecito, rodeado de aquellos tiernos infantes, el tenor de la voz de oro les cantó una melodía de tonada infantil, canción de cura emocionante.

Mona y su hermano Vicente desde su casa contemplaban aquel cuadro donde la bondad ponía pinceladas amables.

—¡Pobre Sean!—dijo Mona—. ¡Tanto como le gustan los niños y no tener ninguno suyo!

—¡Hubiera sido un padre tan bueno!—dijo

Vicente—. ¡Cuánto mejor le hubiera valido a Mary casarse con él!... ¡Pero la antipática tía de Marta oponiéndose a aquella boda!

—¡Mucho ha tenido que llorar Mary en su



—Cántenos otra canción...

vida! Y ahora, para su desgracia, ha debido buscar de nuevo el amparo de su tía...

—No creo que puedan congeniar... No concibo aquella casa con niños... Me parece una aberración que allí pueda haber nunca juventud y alegría.

—Temo que Mary no esté allí mucho tiempo.

No se equivocaban en su presentimiento de que ni Mary ni sus hijos iban a ser felices en aquel hogar sin caricias.

Tía Marta había dado ya órdenes severísimas, de un rigorismo implacable. Les habló de las buenas costumbres de la casa, de la hora fija y matemática de la comida, de la limpieza, del descanso, todo reglamentado con la insostenible tiranía de un presidio... ¡Y aquellos muchachos, aquella mujer, avezados a la dulce libertad de su casa, añoraron los días inolvidables del pasado!

El rompimiento y el olvido definitivo en que la tenía su marido, había sido un golpe rudísimo para Mary, cuya salud estaba resentida hondamente. La compañía de la ingrata tía Marta, culpable con su oposición de la verdadera infelicidad de su sobrina, le producía un tedio, un pesar infinito... Pero ¿dónde ir? ¿A qué puerta llamar? No estaba bien que fuese a importunar a los amigos, gente que no era rica y que no podría sostener tres bocas más.

Para acabar de martirizarla, tía Marta la culpó con frase ofensiva de que su marido se hubiese separado de ella.

—Tú tienes la culpa... nada más que tú... El buen Neil dióse cuenta de que no le querías... y se marchó a Londres.

—Eso no es cierto... He sido una esposa fiel, y jamás, jamás, ni la sombra de un mal pensamiento cruzó por mi imaginación... Le quería a mi modo... Ya lo sabes... En el amor no se manda... Pero era el padre de mis hijos y le respetaba y apreciaba... El en cambio no tenía consideración ninguna para mí... Me maltrataba... me insultaba torpemente... bebía... y había llegado a ponerme su mano encima. ¿Crees que eso es felicidad? Luego, ya en Londres no ha vuelto a acordarse no ya de mí, sino ni siquiera de sus hijos, de su propia sangre... ¿Tengo yo la culpa de lo ocurrido?

—Si la tienes... Si no hubiesen pensado tanto en Sean... eso no habría sucedido...

—¡Falso... falso!... Sean ya nada puede significar para mí.

—¡Quién sabe!

Y la maligna vieja se dirigió al comedor mientras Mary quedaba llorando y sintiendo que una vez más le flaqueaba el corazón.

Eileen, la linda muñequita de diez y ocho años, tenía sus penas: participaba igualmente del dolor de su madre y de su hermanito y de lo ingrato de aquella nueva casa donde el malhadado destino les había obligado a parar. Pero la cerrazón en que vivía no era tan densa, tan completa como la que rodeaba a Mary.

Era joven y estaba enamorada... Y esas dos cualidades juntas ponen siempre rayos de sol ante el panorama más sombrío.

Eileen sostenía relaciones amorosas con Fergus, un joven arquitecto cargado de ensueños y de ilusiones, pero a quien el ambiente del pueblo parecía asfixiar. Debía marchar a la capital, a Dublín, donde un hombre joven puede abrirse camino.

Un día, Fergus estuvo en casa de tía Marta con el deseo de ver a su novia. Era la primera vez que ponía los pies allí e ignoraba cómo lo recibiría la propietaria, la vieja seca y repelente cual un erizo.

—¿Está Eileen?—preguntó a tía Marta que le abrió la puerta cosa únicamente de unos palmos.

—Eileen no debe recibir visitas. Le tengo prohibido esos amores peligrosos—contestó—. Cuando sea la hora de tomar estado, seré yo quien le escogerá un buen partido... Ahora no debo permitir por el buen nombre de nuestra familia, amores de ningún género.

—Pero, señora... ¿cómo puede usted creer que yo vaya para entretener a Eileen? Eileen es mi novia; la quiero con toda mi alma y deseo hacerla cuanto antes mi mujer.

—Cáldese primero de su porvenir... y luego hablaremos.

Y cerróle bruscamente la puerta, dejando al pobre joven desorientado y melancólico.

Eileen supo que Fergus había estado en casa y con palabra prudente que contenía difícilmente la ira preguntó a tía Marta por qué no le había dejado entrar.

—En mi casa no quiero relaciones estúpidas—contestó—. Ese chico es un vago sin una libra... En vez de pensar en novias, lo que ha de hacer es trabajar.

—Tiene porvenir... Yo estoy segura de que

ha de vencer tan pronto se le presente ocasión.

—¡Bah! ¡Tonterías! Bien se ve que tienes la sangre de tu madre, sangre romántica y necia, enamorada del primer pobretón que se pone en vuestro camino. Pues como no lo consentí antes, tampoco he de tolerarlo ahora.

Eileen hizo un gesto de cansancio, de hastío, y salió a la calle por la puerta del jardín.

Descaba respirar ávidamente, llenarse del aire tibio del atardecer, de la poética melancolía del ocaso solar que envolvía los campos con un tul de púrpura.

Al pasar ante la casa de Sean vió a éste que en el umbral le sonreía alegremente con aquella paternal bondad, con aquel noble desinterés del hombre que adora a los hijos de la mujer amada, aunque esos hijos hayan sido del rival triunfante.

El la llamó.

—¿Qué tienes, Eileen? Parece como si llorases.

—No es para menos, Tía Marta se opone a mis relaciones con Fergus. ¡Y yo le quiero tanto!

El nombre odiado de tía Marta, la bruja del pueblo, la que con sus manejos había causado veinte años antes la infelicidad de Mary y de Sean, ensombreció las facciones del artista.

¡Malvada vieja! ¿Es que su destino en la vida no iba a ser otro que el del sembrar cizaña en el camino del bien?

Sus manos acariciaron los suaves y morenos cabellos de Eileen y murmuró:

—¡Nenita mía! Levanta la cabeza y no te dejes amilanar... Que nadie mande en tu corazón, que solo en él reinen tu voluntad y tus sentimientos. Lucha si es preciso pero no cedas jamás.

—¿Verdad que Fergus es buen chico? ¿Verdad que no hay motivo para oponerse a mis relaciones?

—Tu cariño es inmaculado y Fergus digno de ti... En lo que de mí dependa, siempre defenderé vuestro amor... Y no te espantes, repito, ¡Animo! ¡A luchar y dar la cara a los enemigos! Hay seres egoístas, repulsivos... y tu tía, planta parasitaria y estéril, es de éstos... Pero, sonríe, chiquilla Eileen... ¡Que nadie te arrebatte el amor!...

Emocionada, fortalecida por aquellas palabras, Eileen se despidió del buen músico. Pasó Fergus y saludó con emoción a su novia y a Sean.

Este les estrechó a los dos fervorosamente la mano y les dijo:

—A ver si pronto se celebra la boda... Yo quiero ser el padrino...

—Por mí no ha de quedar—dijo Fergus—pero antes debo marcharme a Dublin para hacer fortuna.

Ella puso cara de mal humor. ¿Qué necesidad tenía de marcharse? ¿No iba acaso la separación a hacer más graves las cosas?

—¡Apruebo tu determinación!—dijo Sean bondadosamente—. Pero vuleve pronto... Eileen te necesita.

Los novios se fueron del brazo a pasear por los campos magníficos y silenciosos, bañados por la luz del crepúsculo.

El le contaba sus anhelos.

—¡Iré a Dublin!... Estoy seguro de que me darán una buena colocación. Una vez la tenga volveré aquí para casarme y nos marcharemos a la capital. En los alrededores de la ciudad construiremos una casita. Ya tengo hechos los planos. ¿Te parece bien?

Y riendo le mostraba un pedazo de papel en que había dibujado los planos de la futura construcción.

—Me parece de perlas... Pero ¿será eso muy

pronto, Fergus? ¿Tú crees que tardaremos mucho en ver realizadas nuestras ilusiones?

—Poco tiempo... Yo tengo mi carrera... Voy a llegar y vencer como el César de la historia.



—En los alrededores de la ciudad construiremos los planos.

—¡Que Dios te oiga, mi bien!

La paz campesina fué turbada de pronto por un canto, magnífico trino de ruiseñor pero que sobre el gorjeo y la pureza del pájaro, tenía

la cálida emoción del alma humana. Era la voz de Sean que desde su casa cantaba una canción amorosa, llena de ternuras, de evocaciones, de



—Es como si hablase la voz de nuestra alma...

citas inolvidables, de trémulos recuerdos que parecían hablar de la voz de la amada, de la mirada de sus ojos, de sus manos de nácar, y de

aquel beso arrancado casi a la fuerza, entre temblorosos rubores, un anochecer al volver de la fuente...

Eileen y su novio sentíanse enternecidos.

—¿No oyes?—dijo ella, conmovida.

—Es Sean.

—Canta por ti... por mí... Es como si hablase la voz de nuestra alma...

Dulcemente sus rostros se acercaron, confundieron sus alientos, y sus labios se unieron en un beso triunfal de juventud.

Y la canción de amor seguía llenando los aires, la canción de amor que cantaba de modo maravilloso el buen Sean, amante fracasado a quien le vida robó su ilusión única... Pero ¿qué importaba el fracaso ni la tristeza? El ruiseñor a quien ciegan es el que canta mejor...

Los días transcurrían en la paz conventual del pueblecillo irlandés.

Un día recibióse un cablegrama en el pueblo. Peters, que, además de cochero era el encargado

de repartir el correo, dirigióse con aquel despacho urgente a casa de Sean, su destinatario.

Por el camino encontró a Joe quien le preguntó adónde iba con aquellas prisas insólitas.

—A entregar un cable a Sean... No he tenido tiempo de leerlo aún pero cuando vuelva ya te daré noticias.

Minutos más tarde se encontraba en casa del tenor.

Se hallaba éste con los hermanos Glennon.

—Un cablegrama para usted, Sean... De América...

—¿Para mí?

El artista, tímido y sencillo, cogió tembloroso el papelito azul. Le dio varias vueltas mirando su nombre sobre la cintita blanca de la dirección.

—No me atrevo a leerlo—exclamó—. Tengo miedo...

—Ya lo abriré yo. Pareces un niño—le respondió la anciana—. A lo mejor es la gloria que viene a buscarte. ¡Veamos!

Apenas hubo leído el despacho, rompió a reír dando muestras de extraordinario alborozo.

—¡Es la contrata, Sean!... ¡Es tu triunfo!

—Pero, ¿qué dice?

—¡Escuchad!

Empresario Feulliers dispuesto a contratarle para Nueva York y principales ciudades Estados Unidos. Venga inmediatamente. Gastos pagados.

Swast

—Pero ¿dices eso, eso?—exclamó Sean, emocionado.

—Lee tú mismo.

Le invadió un gran alborozo. Inmediatamente el cuarto pareció llenarse de resplandores. Era la fama, la gloria que iba a llegar al cabo de tantos años. Al propio tiempo le invadió una gran melancolía. Le parecía que ese triunfo llegaba demasiado tarde cuando el otoño de su vida comenzaba a volcar sobre él la lluvia de las desilusiones.

—¡Ay! ¿No cometo un disparate? Voy a fracasar... me lo dice el alma—murmuró.

—¿Fracasar tú? ¡Levanta la cabeza, hombre de Dios! ¿Es que no te has dado cuenta de cómo cantas? No debes ser vanidoso, pero el cielo te ha dado un don especial, una garganta sublime... Yo te acompañaré a Nueva York... y volverás rico y célebre—le dijo Vicente.

—Ojalá no te equivoques... Pero déjame marchar a mi cuarto. Quiero estar sólo... No sé por

qué, pero necesito silencio... meditación... un poco de íntima comunicación conmigo mismo.

Y marchó a su estancia y fué evocando toda su vida... y el imposible recuerdo de una mujer...



Días después todo estaba preparado para la marcha del tenor, de aquel hombre que iba a dar a Irlanda días de esplendor y de gloria.

La señora Glennon estaba preparando el equipaje de su hermano y de Sean.

Tad, el hijo de Mary, tan buen amigo del cantante, ayudaba a la viejecita a colocar las cosas en la maleta.

—De buena gana me iría con Sean a Nueva York! ¡Debe ser tan bonita esta ciudad!

—¿No te daría miedo atravesar el mar?

—Al lado de Sean, no... ¡Le quiero tanto! ¡Tengo tanta confianza en él! ¡Qué triste será este pueblo sin su presencia!

—Volverá convertido en un gran artista.

—¿Conoces a Sean hace muchos años, Mona?

—Desde que era un chiquillo de pocos meses...

Su madre, viuda y desgraciada, poco antes de morir me lo puso en brazos... "Tú que eres mi amiga del alma—dijo—cuidate de él... Te lo recomiendo... que nada haya de faltarle." Y me parece que he cumplido la promesa...

Limpióse la vieja unas lágrimas, y ya no volvió a pronunciar palabra como si la emoción hubiese paralizado su lengua... Ahora tendría que separarse de Sean, de su propio hermano... y la anciana iba a quedar sola en aquel gran caserón.

¡Sola, no! Había muchos amigos en el pueblo, mucha buena gente a la que se podía uno confiar... Y Mona pensó que mientras pudiese permanecer en este pueblo de Irlanda, su dolor no sería irreparable.

Y llegó el día de la marcha.

Tad preguntó a su madre si no iría a despedirse de Sean.

—¿Por qué no vas a decirle adiós?

—Hace mucho tiempo que le dije adiós—suspiró la pobre mujer.

Y evocó una vez más su amor perdido, la maldita intervención de la tía, truncando un idilio feliz, su triste vida al lado de un esposo áspero y repugnante.

Procuraba evitar todo trato con Sean. Sus hi-

jos, que ignoraban las relaciones existentes un día entre ella y Sean, trataban en cambio muy cordialmente al artista, admirándolo no sólo por la soberanía de su voz sino por su bondad realmente paternal.

Todo era paternal en Sean; su vida de soltero no se había adornado de los egoísmos tradicionales en las gentes que no han sabido o no han podido crear una familia; todo por lo contrario rezumaba bondad, la miel de los más generosos y nobles sentimientos.

Tad con una insistencia cándida siguió diciéndole a su madre:

—¡Deberías ir! ¡Todo el pueblo ha ido a despedirle! ¡Es tan bueno, sabe decir cosas tan bonitas a todos!

—Ya que tú lo quieras... iré—contestó la madre, ruborizándose a la sola idea de volver a hablar con el hombre que un día fué el dueño de su corazón y que aunque ya no reinaba en él, porque no podía reinar, había quedado el imperio del recuerdo, el surco tradicional de su paso.

Mientras tanto, Sean lo tenía ya todo preparado para la marcha. Iría a Dublín, de allí hacia América donde estaba la gloria o el fracaso definitivo y rotundo.

La señora Glenon estaba un poco emocionada. Había indicado a su hijo adoptivo que no dejase de escribirle cada semana. Le había dado numerosos consejos que debía cumplir a la perfección si quería conservar la salud y el bienestar, pues "tú, lejos de mí, no eres más que un niño".

El prometía atenderla en todo. Además no iba solo. Vicente iba con él, y Vicente era como el hermano mayor, cauto y atinado para todo.

—No sé si podré resistir tu ausencia—le dijo Mona—. Esta casa sin tus canciones parecerá abandonada... Escucha, Sean, quiero que me cantes una de tus melodías... por ejemplo aquella tan bonita, tan llena de ti, tan hecha a tu gusto: "La canción de mi alma"... ¿Te acuerdas?

—Viejecita... Te la cantaré las veces que sea necesario... Y cuando allá en América la cante, me acordaré más de ti.

Y volvió a cantarla con un impetu magnífico. La bordaba con el tejido de oro de su voz, hacia filigranas con ella, tierna, amorosa y sentimental como nunca.

La señora Glenon, sentada en un diván, la escuchaba con trémula dulzura. Las lágrimas brotaban de sus ojos que la vejez llenaba de fatiga.

De pronto una mujer apareció en el umbral de la puerta. Era Mary que venía a despedirse de Sean y que quedó paralizada al escuchar al divino ruiseñor del arte.

¡Aquella canción! ¡Cuántas veces se la había cantado a ella! ¡Cuántas veces, veinte años antes, había arrullado sus ensueños que debían desvanecerse con la fragilidad del humo de un cigarrillo!

¡Aquella canción! Mary sentía como si una oleada de juventud la envolviera convirtiéndola en algo inmaterial, y por un momento se hizo la ilusión de que volvía a ser joven, de que Sean era su novio, de que nada de su presente existía y retornaba íntegramente su pasado.

El, entusiasmado en su canto, no se había dado cuenta de la presencia de Mary. Al fin la vio y palideció emocionado.

—Mary, ¿tú aquí?

—Vine a despedirme de ti... Pero... acaba la canción, Sean, te lo ruego... ¡Acábala!

—No sé si podré ya...

Pero con mayor brío emitió las últimas notas de la canción, ritmo delicado en que se confundía no sólo el amor a la mujer, sino también el cariño a la tierra natal, sentimiento eterno.

También en sus ojos había lágrimas; también su corazón había experimentado dolorosas impre-



...¡cuántas veces se la había cantado a ella!

siones. De un golpe resucitaba el ayer con la intensidad magnífica que tiene la música para el recuerdo.

Cuando acabó, dirigióse de nuevo hacia Mary y la sonrió con tranquilidad.

La señora Glennon, comprendiendo que no debía estorbar la última entrevista entre los que se amaron un día... y acaso se amaban aún, desapareció de puntillas hacia su cuarto.

Sean contemplaba a Mary en silencio.

¡Cómo cambia todo! ¡Qué poco se parecía ahora aquella mujer otoñal, arrugada y livida, a la criatura juvenil de veinte años atrás, rosa fresca de un jardín de primavera, bañada por el más bello de los soles!

Declinaba ya su hermosura; se iba hacia abajo con ese rápido precipitar de la pendiente fatal... La sonrisa de Sean se hizo más clara y comprensiva...

El no había amado solamente a la mujer bella, sino al alma de la mujer bella, al carácter, a la bondad, a la dulzura, al encanto, a todo lo que sólo muere con la muerte misma... Y esos tesoros seguían conservándose en Mary con la misma fuerza que ayer...

Sean admiraba y amaba esas cualidades en su interior, sin manifestarlo nunca. ¿Para qué? Ni siquiera nunca haría alusión a lo imposible. Mary seguía siendo casada... y él era lo bastante

honrado y religioso para no pretender a la mujer que... legalmente... era aún de otro.

—¡No sabes la alegría que me has dado!— le dijo—. Es como si me hubieses traído la suerte... Ahora estoy convencido de que he de triunfar.

—Tú vencerías de todos modos, Sean... La lástima es que eso no lo hayas hecho mucho antes...

—Todos me dicen lo mismo... pero yo no me resignaba a salir de aquí... donde tantas cosas... tantas cosas me retenían.

Ella bajó los ojos.

—Pero al fin me he decidido a partir... Aseguran tengo buena voz... y hay que probarlo...

—Yo siento mucho que te vayas, Sean... pero me hago cargo de que no debes permanecer más aquí. ¿Por qué vivir de un modo humilde si puedes conocer la gloria?

—¿La gloria? ¿Quieres decirme para qué me va a servir ya? Pero, probaremos esa aventura... acaso nadie tenga derecho a permanecer en su rincón, oculto y olvidado.

Nuevamente ella hizo un gesto de desesperanza. Comprendía que Sean tenía la vida rota, que se marchaba sin demasiadas ilusiones... que

le faltaba esa fuerza del ideal que empuja a la inmortalidad y a los grandes hechos... Y todo por culpa de ella... de ella... a la que sin embargo, con una delicadeza plausible, no quería aludir.

—Sí, todos sentimos mucho que te vayas, Sean... Yo misma lo siento como no puedes figurártelo. Aunque no te hablase, tu sola presencia en el pueblo me decía que no estaba tan sola, que tú tratabas a mis hijos, que mi suerte no era tan triste y negra como parece...

—¡Mary!

Sus manos acariciaban las suyas.

—¡Sean!—le dijo ella—. ¡Yo quisiera pedirte una cosa!

—¿Qué deseas de mí? ¿Quieres que me quede? ¡Habla!

—¡No... no!... Yo no tengo derecho a exigirte eso... Además ¿para qué?—añadió reaccionando—. Sabes bien que todo es imposible. Mi marido vive, y vivirá aún mucho, estoy segura, mucho... Yo en cambio cada día siento que pierdo un poco de vida... Si, no te sonrías, no... Estoy enferma... Y pienso en mis hijitos, en lo que va a ser de ellos, si algún día muero... Mi tía Marta les abandonará o si les protege les

hará sufrir tanto que tendrán que alejarse de ella... Y yo quisiera pedirte, Sean, que si alguna vez llega ese caso, tú protejas a mis hijos que tanto te quieren...

—No sufras, Mary... Si eso pasase, yo me encargaría de tus hijitos, sería un padre para ellos... No serían mi sangre, pero serían la tuya... y por ese motivo... míos... míos... ¡Oh, perdóname, Mary, perdóname!... Pero, aleja pensamientos triste de tu alma. Tú no morirás; eso son aprensiones, eres joven aún, estás fuerte... ¡Ánimo!

Apareció entonces la señora Glennon...

Mary muy emocionada estrechó efusivamente la mano del artista quien la acompañó hasta la puerta.

—Mary... volveré pronto... y cuando sea rico, seré yo quien me encargaré de que tu hijo Tad tenga una carrera, vaya a una Universidad para que pueda abrirse magnífico paso en la vida. Ya que su padre no se cuida de él, yo haré sus veces... Y también a Eileen le prepararé un porvenir.

—¡Gracias... Sean... gracias!

Y luchando con sus lágrimas, marchó calle abajo hacia su hogar.

Aquel anochecer, Sean tomó el tren para Dublín acompañado de Vicente. Despidiéronle numerosos vecinos que le tributaron una ovación cálida y delirante.

Mary no se vió con fuerzas para ir a la estación, pero sus hijos Eileen y Tad, desobedeciendo las órdenes de la maligna tía Marra, fueron a despedirle.

Le entregaron unas flores que él guardó junto a su corazón prometiendo llevarlas siempre consigo...

¡Si los hijos de ella... eran como si fueren suyos!...

Marchó el tren... y Sean saludó por última vez a los convecinos y al dulce pueblecillo natal que iba quedando atrás.

• • •

Llegado a América en compañía de su íntimo amigo Vicente Glennon, tuvo que pasar algunas semanas antes no fué contratado. Pero un día el director de uno de los más importantes coliseos de la capital le contrató para una serie im-

portantísima de conciertos que debía dar en las principales ciudades de la Unión.

Le habían probado la voz varios maestros norteamericanos y le auguraban un éxito definitivo. Estaban seguros de que el gran público iba a comprenderlo así y el artista irlandés se convertiría en un ídolo universal.

Al salir de firmar el contrato encontré con un italiano a quien había conocido durante sus épocas de Milán.

Los dos se abrazaron fraternalmente evocando las horas inquietas de bohemia en la ciudad de los ruisñores.

El italiano era un gran tenor de ópera, consagrado ya por la fama; Sean iba camino de ser también el artista ídolo que conoce la doble satisfacción de los aplausos y el dinero.

Mientras tanto, en el pueblecillo irlandés ocurrían cosas bien dolorosas.

La pobre Mary estaba gravemente enferma, y, con el corazón puesto en sus hijos y en el hombre amado con una pureza ideal, expiró el atardecer del mismo día en que Sean debía dar su primer concierto.

Las últimas emociones, la partida de Sean, la necesidad de vivir en la casa ingrata y discipli-

nada de tía Marta, acabaron de destrozar su organismo. Y murió lentamente, en santa paz, con la suavidad de una lamparilla que se apaga en la quietud melancólica de la iglesia.

Ignorante de aquel doloroso acontecimiento, Sean se preparaba a cantar aquella noche en el Teatro de la Opera de Nueva York.

Iba a dar un concierto de canciones irlandesas y americanas. Vicente le acompañaría al piano.

El teatro presentaba el soberbio aspecto de las noches de gala. No quedaba una localidad vacía... Abajo estaba toda la alta sociedad, distribuida en las butacas y en los palcos... Los primeros pisos se hallaban ocupados también por gentes adineradas y aristocráticas. Arriba se apretujaba el buen público popular, tan amante y conocedor de la música, capaz de hacer todos los sacrificios, aun los más duros y estimables, con tal de poder llenar el corazón de las emociones incomparables del arte.

Sean, vestido de etiqueta y acompañado de Vicente, se presentó en el amplio y soberbio escenario, en cuyo lado izquierdo descansaba un gran piano de cola.

Sonriente, procurando dominar la emoción que le embargaba, correspondió con un rendido sa-

ludo a las generosas muestras de simpatía y se preparó para cantar.

Vicente tocó el piano, y el cantante empezó a emitir las primeras notas de una sentimental canción irlandesa.

Su voz fina, llena de facultades, dramática y bella, cálida y apasionada, se adueñó del alma del público. No se oía ni el aleteo de una mosca. La gente daba bien empleado el dinero de su localidad por poder escuchar al ruiseñor irlandés.

La primera canción fué saludada con entusiasmo delirante. Los bravos surgían espontáneos como cohetes de alegría... Muchos ojos estaban llenos de lágrimas y las almas aceptaban dulcemente la tiranía conmovedora del arte.

Después, roto ya el fuego, dueño de la multitud, en pleno dominio sobre todo el mundo, Sean cantó aun con mayor perfección. Y fué una canción de cuna que hizo llorar a las madres, a las abuelas... y a las niñas que un día serían madres; y luego una canción de amor, círculo de luz en la que se vieron todos encerrados y después una canción de hogar, triste y dolorosa, canción que evoca la casita solitaria, el polvo de los muebles, los viejos padres que la muerte ya

se llevó pero que parecen aún vivir en cada una de las cosas.

El mismo Sean estaba conmovido, porque con sus canciones evocaba su propia vida desgraciada, desconocedora del amor a los hijos, del ca-



...evocaba su propia vida desgraciada...

riño de la esposa, de la alegría de un hogar donde se es dueño y señor.

Cuando terminó la primera parte, las ovaciones se multiplicaron, se sucedieron como coronas de laurel brindadas al vencedor.

Sean, ocultando su emoción, abandonó el escenario y fué abrazado por Vicente, el empresario y un grupo de admiradores.

—¡Magnífico, Sean, magnífico! ¡Acabas de labrarte tu fama!

—Tú me has ayudado mucho, Vicente... El público no ha sido justo contigo... También para ti debía haber la mayor parte de los aplausos.

—Me has eclipsado y con razón... Las luce-cillas no se ven al lado de los soles... La fiesta era para ti, ¡y has vencido! ¡Qué contentos estarán en nuestra Irlanda cuando lo sepan!

—¡Nuestra Irlanda! A ella también le debo una parte de mi éxito. ¡Es tan bonito recordar la patria; la tierra donde asentamos nuestra vida!...

—Tú eres un gran artista... y las canciones extranjeras las cantarás con igual emoción... El arte carece de países.

Pasaron charlando el cuarto de hora de descanso hasta que les advirtieron que la segunda parte iba a comenzar.

Salieron del camarín. Sean se entretuvo un momento conversando con el empresario y unos amigos que comentaban su éxito excepcional.

Vicente se alejó unos pasos para coger un cablegrama que acababa de recibirse a su nombre.

El músico frunció el ceño alarmado y yéndose a un rincón con el desco de que Sean no le viese, abrió el papelito azul.

Temíase alguna mala noticia... Los telegramas imprevistos no suelen traer por lo regular buenas nuevas.

Pasó sus ojos por la cinta blanca y se estremeció. Decía así:

Mary acaba de morir esta mañana. Comunícelo a Sean.

Mona

Nerviosamente guardóse el papel. ¡Oh, que no lo viese Sean, que no lo supiera aún!

Volvió al encuentro de Sean. Estaba serio y grave. Aunque disimulaba, no podía ocultar su contrariedad.

Sean, ignorante del despacho recibido, le miró con extrañeza.

—¿Qué te pasa? ¿A qué viene esa cara tan seria?

—Nada de particular. Apreensiones tuyas, Sean... Pero nos llaman ya. Anda, vamos.

Se dirigieron al escenario y nuevas ovaciones

corearon su presencia. Realizando verdaderos esfuerzos para apagar su emoción, Vicente se sentó ante el piano y Sean empezó su recital de canciones americanas.

Había tenido razón Vicente al decir que el arte carecía de patria, pues Sean impresionó sus canciones de lengua inglesa de tan dulce poesía, de tan halagador sentimiento, que obtuvo también un triunfo formidable.

Terminado el programa y después de saludar más de una docena de veces al público entusiasta que ya le consideraba su ídolo, tuvo que contestar a las preguntas de los periodistas que deseaban enterarse de su silencio. Y parecían maravillarse al escuchar los episodios de aquella vida sencilla, que al ejemplo de la vida de las mujeres honradas, carecía de historia interesante.

Vicente estaba nervioso con deseos de llegar cuanto antes al hotel. Y por fin cuando los dos íntimos amigos se encontraron solos en la lujosa habitación de su residencia, Vicente se decidió a hablar con palabra lenta y amargada.

—Querido Sean... En la vida no hay satisfacción completa... He recibido noticias de allá... y poco satisfactorias.

El artista palideció presintiendo algo fatal e irreparable.

—¿De qué se trata? ¿De cuándo sabes noticias? ¿Cómo no me lo has dicho antes?

—Recibí un cablegrama durante el descanso en el teatro. No quería amargar tu actuación. Prefería esperar.

—Pero, ¿qué sucede? Por Dios, no me tengas en esa incertidumbre...

—Se trata de Mary...

—¿Está enferma? ¿Grave?

—¡Valor, Sean!... La pobre Mary... murió... ayer.

Y alargóle con gesto abatido el cablegrama de Mona.

Sean lo leyó y dejó caer la cabeza entre las manos.

—¡Mary! ¡Mi pobre Mary! ¡Mi buena, mi inolvidable Mary!

—No te pongas así, Sean. Demuestra que eres hombre... Ten resignación... y valor.

—¡Oh, Vicente!... Déjame un rato a solas—
—suplicó con los ojos enrojecidos por el llanto—
—¡Necesito llorar!... He amado tanto a esa mujer... que sufro su muerte como si hubiese sido la de mi esposa. ¡Déjame, Vicente!

Vicente hizo un gesto de conformidad y salió de la estancia...

Y Sean, al verse a solas, rompió a llorar como un niño.

♦ ♦ ♦

Dos días después se recibía una carta de Irlanda. La había escrito la pobre Mary una semana antes de morir.

Decía así:

Querido Sean: Siento que se acerca mi última hora, y cuando recibas esta carta, seguramente habré muerto ya... Ahora, en el momento de las confesiones supremas, cuando no se puede mentir, he de decirte que te he amado con un amor espiritual e imposible durante toda la vida.

Sabes bien que no fué por mi voluntad que no nos casamos y ¡cuán dolorosamente he pagado el tremendo error de mi vida! Pues en recuerdo de ese amor que me acompañará más allá de este mundo, quiero recordarte lo que ya un día te dije de viva voz. No desampares a mis hijos. Sin ti, al

lado de tía Marta, temo que sean unos desdichados.

A ti que eres tan bueno te los confío... Y entonces desde el cielo, te bendeciré una y mil veces.

Mary

Besó Sean aquella carta y prometió atender, solemnemente, los requerimientos de la muerta amada.

—Vicente, prepara el equipaje... Nos volvemos inmediatamente a Irlanda. Tengo obligaciones que cumplir con esos niños... y no los desampararé.

El pianista le miró asombrado.

—¿Pero, cómo quieres marcharte? Estás contratado en América por seis meses. Hasta que hayas finalizado los compromisos, no puedes pensar en irte.

—Hablaré con el empresario. Es un hombre de corazón y espero que se haga cargo de las circunstancias. Le pediré que aplaze los conciertos por algún tiempo. Yo no me niego a actuar, pero necesito unos meses para arreglar la situación de mis protegidos.

—Temo que no lo consigas. Aquí son esclavos de la palabra.

—Es que no me niego a cumplirla.

Al principio puso el empresario grandes dificultades a todo aplazamiento, pero acabó cediendo a los ruegos del artista. Este le prometió actuar tan pronto liquidase sus asuntos de Irlanda.

Y una semana más tarde, los dos íntimos amigos embarcaban para Europa.

Mientras tanto, en el pueblo se habían recibido noticias dando cuenta del formidable éxito alcanzado por Sean en Nueva York.

Un periódico de Londres traía amplia información del concierto, y los comentarios eran vivos y agradables.

El cochero Peters acertó a pasar cerca del grupo que estaba en la plaza principal. Una mujer le llamó.

—Peters, ¿se enteró del éxito de Sean?

—No. ¿Trae algo el periódico?

—¡Lea!

El cochero pasó su vista por el diario que comunicaba el triunfo del paisano.

Se alegró sinceramente de ello. Ahora le consideraba realmente merecedor de la fama.

—¡Me alegro!—dijo—. Sean debía triunfar. Pero voy a comunicar la noticia a mi amigo Joe. Estoy seguro de que se alegrará de veras.

Y poniéndose el diario debajo del brazo, se alejó precipitadamente.

—¡Eh, caballero!—le gritó la mujer—. ¿Por qué no compra usted el diario en el quiosco?

—¿Para qué, señora? ¡Ya lo devolveré más tarde!

—¡Tacaño!

Peters, que por diez céntimos era capaz de realizar una pirueta en medio de la plaza mayor, dirigióse a casa de su buen amigo Joe que hacía algunos días se encontraba enfermo.

—¿Cómo va eso, viejo grandul?—le dijo.

—Mejor... me encuentro ya casi restablecido...

—Conque restablecido, ¿eh? Mira, un tío mío decía lo mismo que tú... Que estaba restablecido, que se encontraba mejor... y al día siguiente, cuando volví a visitarle... ya estaba difunto.

—¡Calla... calla! Ave de mal agüero.

—Sólo te prevengo por si quieres hacer testamento... y aborcharte de tus amigos.

—¡Sal de aquí! ¡No me importunes más!

—Ya me voy... ya me voy... Pero no debes tratar así a tus buenos amigos. Te traigo el periódico para que te enteres del éxito de Sean...

Ha sido un gran acontecimiento. Además, el diario trae una porción de nombres de personas que han muerto estos días de pulmonía. Creo que te agradará.

Y dejándole aprensivo y nervioso, Peters salió de la casa para reintegrarse a sus funciones de cochero.

Pero, no todo eran bromas ni alegría en el pueblecillo irlandés...

En casa de tía Marta seguía reinando el llanto. La muerte de Mary había sumido en la mayor orfandad a sus dos hijitos. La compañía de tía Marta era algo ingrato y terrible. Aquella mujer, horrible como una bruja, se complacía en insultar el nombre y el recuerdo de Mary ante los propios hijos.

¡Oh, si pudiesen escapar de aquella casa! Todavía deseaba marchar cuanto antes de allí, y con la ingenuidad de sus diez años, alimentados por lecturas novelescas, anhelaba ser uno de los héroes infantiles creados por los artistas. Para Eileen, su único consuelo, era pensar en el arquitecto Fergus, su novio, del que no tenía noticias. ¡Le había tragado también la gran ciudad, esa gran ciudad tan horrible y absorbente a través de la distancia?

Un día tía Marta comunicó a su sobrina una noticia desagradable.

—He decidido sacarte del pueblo. Yo no te puedo mantener y además ya tienes edad de ganarte la vida. Por eso te enviaré dentro de breves días a la capital del distrito donde podrás tener un empleo de sirvienta.

—Pero, tía Marta...

—Supongo que no vas a protestar. No tendrás la pretensión de que te mantenga toda la vida... Que lo haga tu padre, el muy vago—rugió.

Eileen bajó afligida la cabeza. ¿Esto más, Señor? Si Fergus lo supiera, si aquel hombre tan amado conociese lo ocurrido! Pero ¿qué hacía él? ¿Por qué no escribía? Sólo le había mandado una postal al poco tiempo de marchar, asegurándole que las cosas iban bien... Y luego el silencio, como si hubiese desaparecido del mundo.

Para el sábado se señaló la fecha de la partida de Eileen. Pero aquella tarde, Tad llegó a casa sofocado y alegre y exclamó con una inmensa satisfacción:

—Hermana, hermanita... ¿Sabes quién ha llegado?

—¿Quién?—preguntó con angustia.

—¡Fergus!

—¡El! ¡Oh, Jesús mío! ¡Oh, buen Jesús, gracias! ¿Y dónde está?

—Ha dicho que iba a su casa... que luego vendría a verte.

—Quiero hablar con él ahora mismo. Necesito pedirle consejo, comunicarle que me marcho del pueblo.

Apareció tía Marta.

—¿Dónde vas?

—Voy a ver a mi novio. Ha llegado de Dublín. He de hablar con él antes de partir.

—No quiero que vayas.

—¿Con qué derecho me lo impide usted? Mi deber es despedirme de él.

—No saldrás de aquí... Ese hombre no te conviene... A lo mejor te impedía que marchases a la ciudad.

—Si me lo impedía, cumpliría sus órdenes... Le quiero... y he de explicarle todas mis desgracias.

—Si sales de aquí, cuenta como si yo hubiese muerto.

—Saldré aunque se oponga el mundo entero. Y rechazando a la vieja arpa que pretendía

detenerla, marchó al exterior a respirar el aire de la libertad.

Tad salió también.



—Si sales de aquí, cuenta como si yo hubiese muerto.

—Yo tampoco quiero estar con usted—dijo—. Me marcharé con mi hermana. Prefiero vivir en cualquier parte antes que a su lado.

—¡Deslenguado!

El chiquillo se alejó y por la calle encontró a la señora Glennon, la hermana de Vicente, que ya momentos antes había hablado con Eileen al verla salir tan desesperadamente del cerrado hogar de tía Marta.

—¡Cómo os hace sufrir esa maldita mujer!— exclamó la respetable dama—. ¡Pobres muchachos! ¡Si Sean, que os quiere tanto, lo supiera! Pero yo os defenderé en lo sucesivo... Vais a vivir en mi casa. Me acuso de no haberlo hecho ya antes evitándoos días de tribulación. Y en cuanto a esa Marta repulsiva, voy a decirle cuatro verdades como puños.

Hizo entrar al pequeño Tad en su casa y se dirigió a la casa de la antipática mujer.

—Hace más de veinte años—dijo a Marta— que tengo deseos de decirle que carece usted de buenos sentimientos. Pero ya no callo más... Trata usted a sus sobrinos como podría hacerlo la peor de las madrastras. ¿Dónde se ha visto eso de querer enviar a la pobre Eileen lejos de este pueblo? Desde hoy Tad y Eileen vivirán conmigo. Y además yo protegeré los amores de Eileen. Hizo usted ya bastante daño a la pobre

Mary para que pueda resistir impunemente el daño con los hijos.

Tía Marta la llenó de lamentos improprios, pero la buena señora Glennon, haciéndole un gesto de definitivo desprecio, volvió a su casa para



—...*voy a decirle cuatro verdades como puños.*

arreglar las habitaciones que en lo sucesivo iban a ocupar los dos hermanos.

¡Qué contento estaría Sean cuando ella le escribiese que en casa vivían los hijos de la que él tanto amó!

Eileen, después de su entrevista con la señora Glennon, se dirigió rápidamente, con el alma emocionada y plena de ansiedad, al domicilio de Fergus.

Era un cuarto pequeño y pobre. Fergus estaba sentado junto a una mesa, con la cabeza oculta entre las manos en actitud de honda meditación.

Ella quedó un instante en el umbral.

—¡Fergus!—suspiró.

El muchacho levantó espantado la cabeza.

—¡Tú! ¡Eileen!

Se confundieron en un abrazo estrecho, fervoroso, sus labios que tenían sed de besos se unieron con una caricia deliciosa.

—¿Qué ha pasado, Fergus? ¿Cómo no me has escrito?

—Eileen querida, soy un fracasado, un pobre hombre. No he encontrado trabajo en Dublín...

Mis esfuerzos han sido inútiles. Una a una se me han ido cerrando todas las puertas.

—¿Por qué te desanimas, Fergus? ¿No eres joven? ¿No te quiero? ¿Pues qué importan las contrariedades teniendo juventud y amor? Yo te adoro con toda mi alma. ¿No te dará fuerzas mi cariño para seguir adelante?

—Me siento débil, Eileen, me siento agotado... En todas partes no he encontrado más que ambición, egoísmo, nadie mira más que por sus propios intereses. ¡Cuánto nos hace sufrir la vida, Eileen! Ya conozco la muerte de tu pobre madre, me lo comunicaron apenas llegué a la estación. ¿Qué será de nosotros mañana?

Una voz de timbre conocido, una voz paternal, suave y afectuosa, les hizo volver rápidamente la cabeza.

—¡Sean!—dijeron ambos a un tiempo.

Era efectivamente el gran artista que acababa de llegar de Nueva York y que por boca de su hermana Mona habíase enterado de todo lo sucedido y de que Eileen se hallaba en casa de su novio.

—Eileen querida... bonita...

La acarició dulcemente como pudiera hacerlo un padre. Ella se echó a llorar, emocionada. El

joven Fergus le contemplaba con el respeto que siempre la había inspirado aquel hombre tan bondadoso...



—¿Qué será de nosotros mañana?

—Conozco tus penas, Eileen... y vengo expresamente de Nueva York para protegerte a ti y a tu hermano. Tu buena madre me rogó que os

pusiera bajo mi amparo... y cumpliré lo prometido... Nunca más estaréis con tía Marta. Su castigo será en lo futuro la soledad, el aislamiento hasta la muerte... Vosotros conmigo, a alegrar mi casa, a sentir el calor de una verdadera familia. Pero ¡qué digo!—continuó, sonriente—. Si tú tienes novio, si tú te quieres casar con Fergus ¿verdad?... Vamos, ¿a qué viene esa cara tan triste, Fergus? ¿Cómo han ido los negocios en Dublín?

—Lastimosamente, señor... No he encontrado trabajo. Vuelvo más pobre de lo que fui, y sin esperanzas de mejorar.

—Para ti también habrá protección, no lo dudes... Quieres a una buena mujer... y yo me propongo labrar vuestra felicidad. Los que nunca fuimos felices experimentamos una inmensa alegría al poder hacer dichosos a los demás. Esto tía Marta no lo entendería, pero un artista, un buen corazón, sí.

Y abrazó a los dos poniéndolos desde aquel instante bajo su tutela y rogándoles que no temiesen al porvenir, que él se lo prepararía magnífico y resplandeciente.

Cuando Eileen supo que Sean había venido expreso de Nueva York para ellos, incluso

aplazando contratas, sintió una emoción extraordinaria. Besó llorando la mano de su protector.

—¡Vamos... no hagas eso! ¡No seas tonta!—dijo Sean riendo—. Ya que desgraciadamente tu padre no se cuida de ti... yo haré sus veces... Serénate un poco... y déjame que te dé un beso, hija mía...

Y al hacerlo le pareció que el modesto cuarto resplandecía y que una mujer, Mary, le contemplaba aureolada de una luz celestial.

Gracias a las gestiones de Sean la situación de los hijos de Mary varió completamente. También sobre Fergus se dejó sentir el cordial apoyo.

Consiguió para Fergus una plaza de arquitecto en Dublín en una importantísima sociedad constructora.

El joven tomaría posesión de su cargo una

vez se hubiese casado con Eileen. Tad, que parecía demostrar grandes aficiones a la música, marcharía a América con Sean, y éste pensaba hacer de él un verdadero artista.

¡Cuán feliz se sentía el noble cantante! El no pudo gozar de amor, pero lo daba a los demás. No tuvo hijos, pero los hijos de Mary, de la amada, era como si fuesen los suyos. Y los protegería contra todo el mundo si fuera preciso.

La vieja tía Marta no se movía de su hogar, enfurecida ante el nuevo giro que tomaban los acontecimientos... Estaba violenta, desesperada. Al mismo gato, único desdichado compañero de aquella casa sin luz, le hacía soportar los insultos de su crueldad.

La boda de Eileen y Fergus celebróse con toda solemnidad. Sean y Vicente fueron los padrinos de boda.

Para el cantante aquella hora estuvo impregnada de emoción. ¡Ah, de no haber sido las artimañas de Marta, él en su tiempo se hubiera podido casar en esa misma iglesia con Mary! Y tal vez Mary, viviría aún.

Terminada la ceremonia a la que asistieron numerosos invitados, los novios subieron a un

coche que debía conducirlos a la estación para marchar a la capital.



La boda de Eileen y Fergus celebróse con toda solemnidad.

Siguiendo la costumbre del país, les volcaron paquetes de arroz, con una larga y continuada lluvia de granos.

Peters y Joe, éste ya completamente restablecido a pesar de los pesimismo de su compañero, asistían a la boda.

Viendo aquel cuadro de alegría, de júbilo popular, Joe rascóse la nariz y murmuró:

—¡No hay duda que es bonito casarse! ¡Ah!, la lástima es que yo no haya encontrado todavía una mujer a mi gusto.

—Por eso hay tanta dama melancólica en el pueblo —le contestó Peters riendo a carcajadas—. Pues si esperas mucho en encontrar tu media naranja, ya no llegarás a tiempo. Acuérdate que vas para los setenta...

—¿Quieres callar, imprudente? Me obligarás a que no te vuelva a dirigir la palabra.

Y se alejó de él, ofendido por haberle indicado la edad, esa cosa tan desagradable...

El coche nupcial estaba ya muy lejos... Los novios se abrazaban dulcemente, viendo al fin, después de tantas inquietudes, triunfante su bello amor.

Escucharon una canción que se perdía en la paz de los campos. Era "La canción de mi alma" que cantaba Sean, como despedida, a los que iban a vivir las horas supremas de la vida.

Sí, Sean estaba muy contento... Se alegraba de la dicha de aquellos jóvenes que tanto la merecían y sobre todo al pensar que "ella", Mary, le sonreiría agradecida desde el cielo.

F I N

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Díarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbrá, 16; Madrid: Cañor, 1

Tip. Barcelona - Arhen, 206 - Teléfono 75087 - Barcelona

Ediciones BISTAGNE publica éxito tras éxito.
Véase si no:

El precio de un beso

por José Mojica y Mona Maris
(3 ediciones)

Del mismo barro

por Mona Maris y Juan Torena
(6 ediciones)

Ladrón de amor

por José Mojica y Mona Maris
(2 ediciones)

El Valiente

por Juan Torena
(2 ediciones)

El presidio

por José Crespo
(2 ediciones, agotándose ya la segunda edición)

Romance

por Greta Garbo y Lewis Stone

El gran charco

por Maurice Chevalier y Claudette Colbert

Esta semana, la emocionante novela

Tempestad

por John Barrymore y Camilla Horn

En breve:

Anne Christie

por GRETA GARBO

¡ATENCIÓN!

Se está agotando la

**Biografía de
MAURICE CHEVALIER**

(14 ilustraciones en el texto, a cual más interesante. Postal-regalo del famoso *chansonnier*).

Precio: 50 cts.

Éxito franco, esperado, de la Colección
de 6 postales de

Maurice Chevalier

con **Claudette Colbert**

en EL GRAN CHARCO. **Precio: 30 cts.**

Colección de 6 postales

de

JOSÉ MOJICA

(2 ediciones)

En breve:

**Biografía de la famosa
GRETA GARBO**

con numerosas fotografías de la eximia artista.

Formidable éxito de

La Novela Cinematográfica del Hogar

Aparece con gran éxito todos los sábados.
48 páginas de amena y sana literatura.

Postal-regalo en bicolor

Precio: **30 céntimos**

Gran éxito de la nueva publicación

Novela Teatral

Aparece los miércoles
publicando noveladas, las mejores obras de teatro

Precio: **30 cts.**

Grandioso éxito de la nueva colección

ESTRELLAS DEL AMOR

Biografías noveladas de las grandes amadoras
de la Historia

2 GRANDES
ÉXITOS:

La Novela Adán-La Novela Eva

Publicaciones semanales de asuntos frívolos
Sugestivas portadas en color
e ilustraciones en el texto

Precio: **30 céntimos**



Ediciones BISTAGNE



Paseo de la Paz, 19 bis
Teléf. 10001. - BARCELONA